

la religión i de la moral en un país cuyo sistema político los llama a todos a la participación de los negocios políticos, i bajo el cual, todo el bien i todo el mal que se haga depende del todo i de cada una de sus partes.

Desde que adoptamos el sistema de las mayorías nos hemos sujetado a una de dos cosas; o a trabajar siempre, o a sufrir siempre el dominio de los malos; porque ellos jamás se descuidan.—Sus tendencias constantes son a apoderarse del pueblo i de la juventud, para apoderarse del poder público i dominar con vara de hierro despotizando a nombre de la libertad.

Pero el trabajo ardeña a la mayor parte, i la injerencia en cuestiones de partido hacen perder la tranquilidad del espíritu. Esto es de lo que huyen casi todos los hombres del partido del orden, por lo mismo que son hombres de orden i hombres de su trabajo; i de esto no huyen los del partido contrario que naturalmente son turbulentos, i el orden para ellos es su pena, así como el trabajo; por lo cual siempre aspiran a vivir de la política.

Los hombres de orden tendrían razón en seguir esa conducta apática en los negocios públicos si todo parara en la política, sin trascender a la religión, si con esta conducta no contribuyeran al triunfo de los malos. Esto deben tener presente i no engañarse pensando en que siempre han gozado de esa calma i seguridad de que hasta ahora han gozado; porque la gangrena hace progresos en el cuerpo social, i día llegará en que toque a su disolución, si el mal no se corta. Entonces, entonces no tendrán ni tranquilidad en su espíritu, ni seguridad en sus personas e intereses; i entonces les pesará no haber hecho algún sacrificio en tiempo oportuno.

Nosotros estamos convencidos de que la apatía de los buenos viene en mucha parte de una especie de vicio radical, o de carácter impreso en los ánimos i comunicado como por herencia, desde los tiempos coloniales de la América española. Entonces no sería un defecto, sino quizás una virtud, porque no teniendo el pueblo una parte en la sanción de las leyes que recibía de mano del monarca, tampoco tenía más en que pensar sino en obedecer i vivir. En el estado de pupillage hallaban los hombres una especie de reposo agradable, porque la paz siempre tiene atractivos, aunque sea comprada a caro precio; i de aquí vino el habituarse al sistema de quietismo político en el cual quieren seguir como por instinto bajo el sistema democrático, que demanda actividad i movimiento; porque todos i cada uno tienen derechos i obligaciones; i al derecho de representación corresponde el deber de hacerse representar.

Muchas veces se corrigen los defectos al caer en cuenta de su causa, i por eso hacemos esta observación.

No dudamos, pues, que el gran partido de la religión i la moral, tome desde ahora otra línea de conducta, i conociendo todo el mal que ha causado por su indiferencia en los negocios públicos, obre con interés i actividad a fin de evitar que el mal moral llegue a su complemento.

De este modo cumpliremos todos con nuestros deberes como católicos i como ciudadanos, i si hasta ahora nos hemos hecho responsables ante Dios i ante los hombres de los daños a que haya dado lugar nuestra apatía, salvaremos nuestras conciencias sobre los males que hayan de venir, si es que, nuestros esfuerzos no alcancen a evitarlos. En esto debemos tener siempre presentes dos cosas; 1.ª que Dios nunca nos salvará sin nuestra cooperación; i 2.ª que, si con ella no evitamos todo el mal, evitaremos alguna parte de él; i esto basta para poder responder con el Evangelio cuando se nos tome cuenta del cumplimiento de nuestros deberes: *«siertus inutilis somus, lo que podemos hacer»*. (San Lucas cap. 17, v. 10.)

Abuso de palabras.

FANATISMO.

Patrona increíble si el testimonio de la historia no le justifica el poder que ha tenido sobre la suer-

te de la especie humana el imperio de las palabras, o mas bien el abuso de su sonido. Las voces de fanatismo, de libertad, de igualdad, de democracia; cuántas veces no han sido las fuentes funestas de las miserias, del infortunio, de los desastres de los pueblos! Cubierto un perverso con la hipócrita máscara de religión, cuántas veces no ha hecho servir esta palabra santa a la consecución de malos designios; i a la voz de libertad, de igualdad, que de veces el ambicioso ha sublevado a los pueblos, i los pueblos han corrido a envolverse en cadenas al grito de libertad! i se ha presentado dóciles su cuello repitiendo no obstante la mágica voz libertad. El hombre contempla hoy estupefacto esas rejiones donde la fé i la piedad exhibieron prodijios que asombran aun la imaginación; amenazadas de destrucción i de muerte desde que la incredulidad, fijando al sonido de las palabras un oído i ridículo dictado, consiguieron arrancar del corazón del hombre la piedad i la fé. Si desde que la inteligencia humana oscurecida, i pervertido el corazón del hombre por el sensualismo de las doctrinas materialistas, consiguió sentar pueblos cristianos a la sombra de la muerte; desde que abandonando la realidad de las cosas, el hombre se armó de las palabras para engañar a los pueblos sencillos i dóciles, para romperlos i estraviarlos; desde entonces es que los grandes de la tierra lloran sobre el infortunio de los Reyes, como grandes i pequeños derraman lágrimas sobre los desastres de los pueblos; desde entonces desecado por el egoísmo el corazón del industrial o del artesano, instrumento i víctima de las pasiones de los ambiciosos, se le ha lanzado de revolución en revolución, i ese hondo e inmenso gemido que en medio de ellas sale de sus entrañas laceradas, obra es de la perfidia, del engaño, del criminal abuso de las palabras para consumir una obra de destrucción. Al oírlo, el hombre de bien pregunta, si van a sumirse aquellas hermosas rejiones en el caos, si marchan otra vez a la barbarie, si el edificio de la civilización tiene un límite llegando al cual, preciso sea que se desplome para empezar de nuevo su lenta i difícil construcción.

Tal es el funesto poder de las palabras socialismo, comunismo, igualdad, fraternidad &c. A ellas precedieron las de fanatismo, caducidad del catolicismo, depuración o reforma de la religión i otras; porque paso a paso se conduce a la incredulidad, se consigue apagar la llama de la fé, aniquilar la existencia del alma, minar la sociedad, conmover el edificio del orden hasta verle amenazado de su destrucción. Mas en medio de estas crisis espantosas, de esos terribles trastornos, el católico contempla con gozosa admiración, como el mas bello espectáculo que pueda presentarse en la tierra; contempla decimos, la Iglesia de Jesucristo renovando su juventud; el cristianismo eterno como Dios mismo, no dejando de ser jamás el camino, la verdad i la vida; conservando i esparciendo entre los hombres como una herencia sagrada i nobles, elevadas e imperecederas creencias que son miradas como una invención humana, son la base de la sociedad, el fundamento i apoyo de los gobiernos; i el principio generador de todo bien.

Oímos hablar de fanatismo, de ideas fanáticas de pueblos fanáticos, de congregaciones fanáticas; las palabras se han popularizado, no están ya relegadas a los libros, donde pudieran leerse, comprenderse, pesarse o apreciarse; se oyen desde la tribuna de la prensa hasta el club democrático; i se entiende que es lo que con ellas quiere decirse? ¿en donde está el fanatismo? ¿en que consiste? Algunos si lo entienden, saben a donde van, a donde quieren conducir. El impío o incrédulo desearía que todos lo fuesen; creyendo ahogar así los remordimientos que lo consturban, i acallar el grito de su conciencia que le inquieta; cuando así pudiera ser, ellos no pueden huir de aquellos vagos temores, la profunda melancolía que les presenta a lo lejos la hora solemne en que todo desaparece sobre la tierra, en la que el mundo se desquicia i se abisma para él; otros, i son los mas, no entienden lo

F-916

327

368

que dicen, no comprenden a donde marchan, no saben lo que quieren, sin verdaderos conocimientos repiten las frases banales que han leído en los o tres libros impíos, y con repetirlas se juzgan filósofos, despreocupados, espíritus fuertes e independientes; porque el semi-saber, la falta de ciencia, ha dicho Bacon, conduce a la incredulidad, como el verdadero saber conduce a la fe. Desgraciado de aquel, decía Tertuliano, que pretendiendo ser muy sabio, intenta destruir en cuanto está en su poder, lo que llama deshonor, de la fe.

Quando se habla de nuestros pastores, de las congregaciones, ¿porqué no precisar la idea? porqué no señalarlo? en donde está ese zelo violento y sanguinario, ese arrebatamiento, ese furor, esa violencia, ese cesoso, en fin. que en la práctica de la religión toca en fanatismo? A los ojos del ateo, fanático será todo el que crea en un Dios; a los de un deísta, el cristiano que crea en Jesucristo; a los de un protestante, el católico que reconozca la cabeza visible de la Iglesia, a los ojos del incrédulo o libertino, fanático es el hombre, el religioso, la devota mujer que postrados a los pies de los altares dirigen al Dios de bondad neciones de gracias por los inmensos beneficios que dispensa ya a su patria, ya a su familia; el cristiano que penetrado de los inefabables misterios de la redención del género humano, contempla el infinito amor del Hijo de Dios descendiendo de los Cielos a un pesebre, ascendiendo del pesebre a la Cruz, de la Cruz descendiendo al sepulcro, del sepulcro a los infiernos, y subiendo del seno del infierno a la altura de los Cielos; todo esto es fanatismo para el incrédulo. Fanático es el ser desgraciado, que ruega al Omnipotente en las calamidades públicas, en la penalidad doméstica, en el dolor personal; porque el incrédulo quisiera arrancarnos hasta el ruego, este recurso en el infortunio, este dulce consuelo para el corazón triste, para el hombre. Para el libertino, fanático es el padre de familia que no conduce al teatro a sus hijas, a la representación de piezas inmorales, que corrompan el corazón de sus esposas y sus hijas, en donde sea proyecto formado, sea inmatención de las autoridades, se hace beber gota a gota el veneno, y se obtendrá el triunfo lento, pero seguro de la corrupción y desmoralización; entonces se habrá *desfundado* la esposa, la madre, la hija, el seco tierno a cuyas almas candidas se ha refugiado la piedad, la ternura, la caridad, las virtudes cristianas; la desmoralización pasará de las esposas y madres a los hijos, y si no esta, otra generación nos presentará las terribles y luctuosas escenas que deploran otros países.

No sería grande mal, si dejásemos ajitarse el pequeño número de incrédulos, afanarse en sus vagas teorías, si no ensancháran su círculo con prosélitos. Ellos empiezan por fijar a ciertas denominaciones un tinte ridículo, una tacha odiosa, y de desprecio, y de aquí el peligro y el temor del mayor mal. La juventud que teme aparecer ridícula, incurrir en la tacha de desprecio; que halla en el dictado de fanático un nombre odioso por una alta vergüenza, amolda su lenguaje al del incrédulo, se avergüenza de practicar la religión de sus padres, la religión que profesa, no se atreve a confesar públicamente al Dios en quien cree, para que él pueda un día reconocerlo en la presencia de su Eterno Padre; y poco a poco un joven viene a aparecer incrédulo o impío, por una vergüenza mal entendida, mas no por convicción. No reflexiona el joven que renuncia a sus propias ideas, que deponé su dignidad de hombre, su carácter, su independencia, que hace una abnegación de sí mismo, tacha su cabeza, que debía ser independiente, ante una secta, ante otras cabezas, piensa con estas, no piensa con la suya. ¿Cuán digno de compasión es el joven que por parecer despreocupado e independiente, abjura su independencia, la dignidad de su ser, y sigue maquinalmente las preocupaciones y las ideas ajenas mientras que el que tiene ideas propias, una cabeza suya, que piensa con ella, se sustra de la malicia o delatidad del incrédulo, fenece el error de manifestar su carácter e independencia, desuella su fronte y

no ha humillado a denominaciones y dictados que acobardan a almas débiles y espíritus apocados. Por fortuna en nuestro país, a medida que se difunde la sólida y verdadera instrucción, la juventud en su mayor parte muestra este valor, y lejos de avergonzarse de aparecer independiente con ideas propias, con la dignidad de hombre, se indignaría de que pretendiese imponérsele el yugo de un círculo de pretendidos filósofos, mentidos apóstoles de la despreocupación; conoce ella el temple de las armas con que se atacan sus creencias y cuanto es respetable y sagrado; armas envejecidas y mohosas, de que hacen uso presuntuosos henchidos de orgullo, y que no amenazan sino al débil o ignorante. La juventud es la esperanza de la patria; observa, medita. No puede menos de prever los resultados de los designios de aquellos que minan los gobiernos, amenazan todo orden, sueñan con la disociación. Intentan destruir la armonía entre el Creador y sus obras. Dios en su inefable amor había dicho al primer hombre, tu eres mi hijo, te he enjendrado hoy, pídemelo y te daré la tierra por herencia. Y sobre sus cosas el imperio; el demonio de la envidia, de la soberbia y del orgullo aniquiló tan magníficas promesas, y destruyó al rey de la creación, que criado a la imagen y semejanza del mismo Dios comprendía el poder de su Criador y las maravillas de sus obras. Ese demonio de la soberbia y del orgullo, ese jenio enemigo de la dicha del género humano es el que ha amenazado siempre las sociedades humanas, el que amenaza a la nuestra: toca a aquellos a quienes el Señor de las naciones confía los destinos de nuestra patria, velar contra sus asechanzas; la juventud pues llevará al cabo los designios de la Providencia en bien de la Nueva Granada, y para su prosperidad y gloria.

Pero no nos engañemos, es preciso velar y orar, preciso es luchar. Desconfiemos de los que hacen al catolicismo el honor de pretender interesarse por él; de los que hallándolo envejecido, intentan depurararlo; de los hombres sin religión que quieren romper el velo del santuario para profanarlo; no permitamos que se destruya el ceto que rodea la viña del Señor, y que sea vendimiada por los que apenas pasan por el camino de la vida; llenémonos de indignación y de valor contra esas manos sacrilegas que tocan la arca santa, y que no sabiendo ni comprendiendo el catecismo de los niños, osan juzgar inefabables e incomprensibles misterios.

Digamos del fondo de nuestro corazón como De-Malan: la cruz de Jesucristo es nuestra esperanza única, como una idea eterna que atravieza los siglos, ella está colocada entre el cielo y la tierra para la resurrección de las sociedades y de los individuos, como lo cantaba en sus éxtasis proféticos el sacrificador Simeon, último representante de todo el viejo mundo. La cruz ha salvado las generaciones que han orado y llorado en los penosos senderos de la vida antes que nosotros; ella nos salvará y nos guiará si tenemos confianza. Trabaje la juventud en la prosperidad de la República; eieve este hermoso edificio cantando himnos a la religión y a la patria. Los verdaderos intereses de la República y las leyes sabias y justas, estarán siempre de acuerdo con los intereses y las leyes de la grande y eterna patria—la Iglesia de Jesucristo.

INSERCIONES.

DEL CLERO SECULAR Y REGULAR DE BOGOTÁ.

El pobre hijo de Adán desheredado de la felicidad suprema que el Criador lo destinara, llora, jime, y lanza suspiros del fondo de su alma a la vista de los males que le rodean; pero luego renace en su corazón la esperanza, porque su fe le recuerda, que tiene una madre divina, que le fue dada en el árbol de la Cruz, donde recobró por la sangre del Hombre Dios su dignidad primera. La esperanza en la Virgen Madre ha sido desde Adán el consuelo de los